

XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2022.

# Fundamentos de la invención del sintoma en Marx: fetichismo y plusvalor.

Ramirez, Fernando Cesar.

Cita:

Ramirez, Fernando Cesar (2022). *Fundamentos de la invención del sintoma en Marx: fetichismo y plusvalor*. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/532>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/P4T>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# FUNDAMENTOS DE LA INVENCION DEL SÍNTOMA EN MARX: FETICHISMO Y PLUSVALOR

Ramirez, Fernando Cesar

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

## RESUMEN

En este trabajo nos ocupamos de desarrollar las afirmaciones de Lacan sobre Marx como inventor del síntoma previo a Freud. Para ello, apelamos a las conceptualizaciones de Marx sobre el fetichismo de la mercancía y su secreto así como también a la generación del plusvalor en las relaciones sociales de producción capitalista. En ambos tópicos, inseparables, ubicamos la dimensión del síntoma que Lacan refiere en Marx haciendo más explícitos los procesos que permiten leer otra forma de plantear la relación entre el saber y la verdad. Dicha relación ha sido entendida en la tradición filosófica como la adecuación de la idea a la cosa. Por el contrario, en la posición de Lacan, con apoyo en Marx, entendemos el saber como el despliegue de un fracaso cuyo límite deja emerger la verdad. Es la verdad con la que un sujeto encuentra la imposibilidad de encontrarse consigo mismo. Se trata de la verdad que asoma en la dimensión del síntoma mucho más allá de la voluntad y los propósitos de un yo, de una consciencia y de la ilusión de todo sujeto que se proponga unitario y soberano de sí. Estas conclusiones las debemos a Marx.

## Palabras clave

Sintoma Verdad - Saber Fetichismo - Plusvalor

## ABSTRACT

FUNDAMENTALS OF THE INVENTION OF THE SYMPTOM IN MARX: FETISHISM AND SURPLUS VALUE

In this paper we take care to develop Lacan's claims about Marx as the inventor of the symptom prior to Freud. To this end, we appeal to Marx's conceptualizations of commodity fetishism and its secrecy as well as to the generation of surplus value in the social relations of capitalist production. In both topics, inseparable, we locate the dimension of the symptom that Lacan refers to in Marx, making more explicit the processes that allow us to read another way of posing the relationship between knowledge and truth. This relationship has been understood in the philosophical tradition as the adaptation of the idea to the thing. On the contrary, in Lacan's position, with support in Marx, we understand knowledge as the unfolding of a failure whose limit allows the truth to emerge. It is the truth with which a subject finds it impossible to find himself. It is the truth that appears in the dimension of the symptom far beyond the will and purposes of a self, a consciousness and the illusion of every subject

who proposes himself unitary and sovereign of himself. We owe these conclusions to Marx.

## Keywords

Symptom - Truth - Know - Fetishism - Plusvalue

En su breve texto, que Lacan publica en sus *Escritos 1* (Lacan, J: 1988), bajo el título *Del sujeto por fin cuestionado*, el autor afirma: “Es difícil no ver introducida, desde antes del psicoanálisis, una dimensión que podría denominarse del síntoma, que se articula por el hecho de que representa **el retorno de la verdad en la falla de un saber**[1].

*No se trata del problema clásico del error, sino de una manifestación concreta que ha de apreciarse “clínicamente”, donde se revela no un defecto de representación, sino una verdad de otra referencia que aquello, representación o no, cuyo bello orden viene a turbar.*

*En este sentido, puede decirse que esa dimensión, incluso no estando explicitada, está altamente diferenciada en la crítica de Marx. Y que una parte del vuelco que opera a partir de Hegel está constituida por el retorno (materialista, precisamente por darle figura y cuerpo) de la cuestión de la verdad.[2] Ésta en los hechos se impone, diríamos casi, no siguiendo el hilo de la astucia de la razón, forma sutil con que Hegel la pone en vacaciones, sino perturbando esas astucias (léanse los escritos políticos) que no son de razón sino disfrazadas...” (Lacan, J: 1988: 224)*

Luego de señalar estas definiciones de Lacan, nos remitimos al planteo de Marx sobre el fetichismo de la mercancía y la producción del plusvalor, como mecanismo fundamental en la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalista, para ubicar allí el proceso que da lugar al síntoma. Es aquí que pretendemos fundamentar las acepciones de la lectura de Lacan.

Es en su obra cumbre, *El Capital* (Marx, K: 2002), donde Marx nos ofrece el desarrollo más explícito y más logrado sobre el conjunto de sus investigaciones, planteos y revelaciones teóricas que fueron germinando a lo largo de su vida. Es allí donde descubrimos el funcionamiento del modo de producción capitalista, los fundamentos que lo hacen posible y los conceptos claves para comprender dichos problemas. El primer capítulo está dedicado a la mercancía. En ella Marx encuentra la clave para proporcio-

narnos el “secreto” que, oculto tras la misma en su producción, posibilita entender la constitución de las relaciones sociales de producción capitalista cuando adquieren su dominio histórico. La producción capitalista es una producción exclusivamente con vistas al cambio, esto es, una producción cuyos fines no son otros más que la producción de mercancías. Por qué Marx afirma que existe un fetichismo en ella? Acaso no entendemos, habitualmente, por fetiche un ídolo u objeto de culto al que se le atribuyen propiedades y poderes sobrenaturales? He aquí que nos interesa detenernos: las mercancías parecen ejercer un poder sobre nosotros. Pero “parecen” o “realmente” lo ejercen? Si es así, cómo, por qué y de qué manera? No debe sonarnos irónico que el “culto” ejercido por los denominados pueblos primitivos a tal o cual tótem, con un innegable efecto fetichista, sea, sin embargo, reeditado por Occidente bajo el modo de producción capitalista? Y, si además de ello, somos capaces, con el auxilio de Marx, de “descifrar” un síntoma allí, diremos que esto constituye extrañas bondades de nuestra civilización.

Históricamente las mercancías fueron reguladas, en su proceso de intercambio, por el tiempo necesariamente invertido en su producción. Qué es lo que hace posible que, objetos cualitativamente diferentes, provistos para la satisfacción de necesidades diferentes, puedan adquirir “algo” en común que los haga intercambiables? Que “sustancia” contienen para que un objeto A pueda ser intercambiado por un objeto B?

Es lo que Marx denomina **valor**. El valor es el tiempo de trabajo contenido en un objeto que condensa en él trabajo pasado, acumulado y que representa el conjunto de trabajo desarrollado, en tanto físico y mental, por un sujeto humano, para que el objeto haya podido ser llevado a cabo. El valor representa, entonces, el tiempo invertido en la mercancía y las equivalencias de las mismas sólo pueden llevarse a cabo, de acuerdo a la propia práctica social, en distintos períodos históricos, estableciendo un tiempo de trabajo que opere en forma igual en una y otra mercancía. La particularidad en la producción capitalista es que este tiempo de trabajo y, en consecuencia, el valor al que aquel hizo posible, quedan ocultos, perdidos, encubiertos en todo el proceso de intercambio de las mercancías. Distingamos, con Marx, que un objeto producido con vistas a su uso por el productor, o una entidad comunitaria en relaciones de producción, adquiere entonces “valor de uso”, es decir que sirve a la satisfacción de las necesidades de quien o quienes lo produjeron. Pero si dicho producto fue hecho con vistas a ser cambiado ello puede expresarse en magnitudes y proporciones con otros objetos, siempre de acuerdo a que tengan equivalencia, unos con otros, por el tiempo de trabajo invertido en su producción, y tendrán entonces valor de cambio.

Marx destaca que, con independencia de los juicios que nos merezcan las sociedades pasadas, junto a sus regímenes políticos, ideológicos y culturales, los hombres y mujeres eran perfectamente conscientes del tiempo dedicado a los productos que eran vitales, por un lado para su subsistencia y, por el otro

lado, precisamente para el intercambio. Los tributos rendidos en sociedades antiguas a figuras que encarnaban algún tipo de poder, o de obligación social, y que constituían un sobretrabajo en la vida de sus productores, anidaban en la consciencia de los hombres con el tiempo necesario para ello. Si ello resultaba producto de prácticas despóticas, feudales o, algún otro tipo de coerción social, no era obstáculo para que los hombres no pierdan de vista este proceso. Esos objetos no revestían en sí el carácter de mercancías sino más bien el de ser tributos sociales, de distinta índole, pero sin pertenecer a ningún proceso de intercambio donde se estableciera una relación entre productores privados con el objeto de adquirir, unos y otros, los productos que brotaran de sus necesidades. Para que exista mercancía debe existir un estado de la producción tal que los productos resulten “sobrantes” respecto a las necesidades del consumo inmediato, para los miembros de su sociedad, y dichos sobrantes puedan ser, entonces, intercambiados por otros productos que también cumplan la misma condición para otros productores. Este fenómeno aconteció a lo largo de distintos períodos históricos e, incluso llegó a ser la actividad exclusiva de distintos pueblos comerciales, pero es con el modo de producción capitalista que se convierte en protagonista indiscutido del conjunto de las relaciones sociales de producción. Aquí pierde el carácter de subordinado, que tenía en otras épocas, y pasa a constituirse en la finalidad de la producción por excelencia. Sigue siendo el tiempo de trabajo necesariamente invertido en su producción el regulador para dichos intercambios? Sí, pero bajo peculiaridades que resultan imposibles hallar en otros períodos históricos pre-capitalistas. Aquí nos encontramos con la situación por la cual los hombres que producen ya no lo hacen sobre las condiciones sociales en las cuales dispongan de algún tipo de propiedad de los medios de producción y también carecen de relaciones de vasallaje o de algún tipo de sujeción personal, familiar o comunitaria. Se trata, entonces de “hombres y mujeres” libres. Veremos, con más detalle, de qué libertad se trata y arriesgaremos, también, definir allí una base “sintomática” que ensombrece lo suficiente la naturaleza de esa libertad.

Las grandes revoluciones burguesas e industriales, junto al enorme desarrollo de las fuerzas productivas y la constitución del mercado mundial, hicieron posible la abolición de las viejas relaciones pre-capitalistas, en particular el feudalismo, de cuyas entrañas brotaron las relaciones sociales de producción capitalista. Desaparecen las fronteras corporativas, gremiales, regionales, geográficas que obstaculizaban cualquier desarrollo posible para el mercado mundial cuya esencia no es otra más que la producción, circulación e intercambio de mercancías y el equivalente general de cambio: el dinero.

Las grandes transformaciones que hicieron posible este escenario histórico trajeron como consecuencia que se superen las y hundan las relaciones señoriales y de vasallaje, la propiedad agraria paso a constituirse en capital y se plegó a la industria, la ciudad dominó al campo. La clase dominante, en cuyo pasado

radicaba el ejercicio del capital usurero y comercia, ahora se ha convertido en la clase que está al frente de la propiedad transformada por los cambios históricos, técnicos y tecnológicos que la hicieron posible. Esta clase es la burguesía. Del otro lado, subsiste una enorme masa de desposeídos de toda relación de propiedad, característica que los diferencia sustancialmente de los siervos y artesanos dueños de sus propios medios de trabajo y producción, que sólo tiene un recurso para prolongar su vida: la venta de su fuerza de trabajo. En otros términos, carente de los medios que pongan en marcha un proceso de producción para trabajar, deben, independientemente de su voluntad al respecto, vender esta fuerza de trabajo a cambio de un sustento que cobra la forma de salario. Por otra parte, esta masa ya no está bajo dependencia de orden coactiva o subordinada política y socialmente. No pueden hacer otra cosa más que ofrecer ellos esta fuerza de trabajo porque no encuentran en sus vidas las parcelas del campesino o el taller del artesano. **Digamos que cuentan con su cuerpo y sólo con él.**

Las mercancías sufrieron una evolución en su curso histórico puesto que no siempre fueron intercambiadas por dinero, sino por otras mercancías o por algún otro tipo de patrón regulador hasta que, cuando el dinero alcanzó el papel de equivalente general de cambio ya logró dominar todo el proceso de cambio mismo. Ello fue fundamental para producir entonces la acumulación del dinero sobre la base un cambio que nunca resulta equivalente: la fuerza de trabajo humana vendida como mercancía. A dicha acumulación Marx la denomina plusvalor. El dinero invertido en la compra de los medios de producción, por un lado, que el burgués efectúa y ello lo hace propietario de los mismos, y la compra de fuerza de trabajo, por el otro, se convierte en capital. El valor del cual hablamos como plusvalor, se trata de un “más” de valor, de un “plus”, que genera la producción en cuyo empleo la fuerza de trabajo siempre genera un excedente de valor que supera el salario por el cual ella es intercambiada para reproducir su costo de reproducción, esto es para que el propio obrero pueda subsistir y continuar vendiendo su fuerza de trabajo a los fines de producir, otra vez, y nuevamente derivar en la acumulación. Es el proceso compulsivo por el cual el capitalismo tiene razón de ser.

*“No obstante, para que el poseedor de dinero encuentre la fuerza de trabajo en el mercado, como **mercancía**, deben cumplirse diversas condiciones. El intercambio de mercancías, en sí y para sí, no implica más **relaciones de dependencia** que las que surgen de su propia naturaleza. Bajo este supuesto, la fuerza de trabajo, como mercancía, sólo puede aparecer en el mercado en la medida y por el hecho de que **su propio poseedor**- la persona a quien pertenece esa fuerza de trabajo- la ofrezca y venda **como mercancía**. Para que su poseedor la venda como mercancía es necesario que pueda disponer de la misma, y por tanto que sea **propietario libre** de su capacidad de trabajo, de*

*su persona. El y el poseedor de dinero se encuentran en el mercado y traban relaciones mutuas en calidad de **poseedores de mercancías** dotados de los mismos derechos, y que sólo se distinguen por ser el uno vendedor y el otro comprador; ambos, pues, son **personas jurídicamente iguales**. Para que perdure esta relación es necesario que el poseedor de la fuerza de trabajo la venda siempre por **un tiempo determinado**, y nada más, ya que si la vende toda junta de una vez y para siempre, se vende a sí mismo, se transforma de hombre libre en esclavo, de poseedor de mercancía en simple mercancía. Como **persona** tiene que comportarse constantemente con respecto a su fuerza de trabajo como con respecto a su propiedad, y por tanto a su propia mercancía, y únicamente está en condiciones de hacer eso en la medida en que la pone a disposición del comprador- se la cede para el consumo- sólo transitoriamente, por un lapso determinado, no renunciando, por tanto, con su enajenación a **su propiedad sobre ella**” (Marx,K: 2002: 204)*

Aquí contamos con los elementos que configuran un campo de sentido para leer esa producción “sintomática” que ubicamos en Marx: Identidad, **propiedad, persona, igualdad, derecho**. Nos hallamos frente a un conjunto de “Sujetos Jurídicos” que se desenvuelven en el “Mercado” para desempeñar sus “Facultades” como “Personas Iguales”. Qué los articula? Una presunta igualdad que los hace “libres” en el “Derecho” de “Comprar y Vender”. **Se estructura un “Saber” que se instituye y naturaliza a los fines de justificar racionalmente las potencias del mercado. Se trata del mismo mercado que actúa como garante de las relaciones capitalistas de producción que son relaciones de explotación donde lo que se pone en juego es una apropiación de sobretrabajo materializado en dinero y objetivado en un valor que, como veremos a continuación, no aparece reflejado en la consciencia de estos mismo “Sujetos Jurídicos/Personas Iguales”.**

Al dinero invertido en los medios de producción Marx lo denomina “capital constante” y al dinero invertido en salarios para comprar la fuerza de trabajo lo denomina “capital variable”. El capital constante son los medios que ya contienen un valor, ya provienen de un trabajo pasado, muerto, y, por lo tanto, fueron invertidos en ellos tiempos de trabajo, es decir un valor, que permanece, y que se traslada al producto final. Pero en el caso del dinero invertido para el salario eso no sucede así. Este es el que se convierte en el “plus” que otorga la acumulación, aquel que debe superar su “quantum” inicial. En otros términos, el obrero produce, por una determinada cantidad de tiempo, dentro del conjunto de su jornada de trabajo, x productos que equivalen a lo que necesita para reproducir su fuerza de trabajo. Pero, la jornada laboral no se limita a ese tiempo. El resto del tiempo el obrero ya no produce “para sí”, sino que volverá a producir una cantidad de trabajo cuyo “valor”, esto es el tiempo, producido también tendrá una equivalencia en su valor de cambio, o

dinero. Pero esta “parte” de lo equivalente en dinero ya no le retorna, ya no es él quien puede disponer de ella, sino que le es “apropiada” por el capitalista. Existe, así, tal como lo señala Marx, una división, al interior de la jornada de trabajo, entre el trabajo necesario y el trabajo excedente. El trabajo necesario es aquel que, en un tiempo determinado, es retribuido por su equivalente, esto es lo que el obrero necesita para reponer su fuerza de trabajo. El trabajo excedente es aquel que va más allá del tiempo necesario y su equivalente no es retornado al obrero. Su acumulación en dinero en manos de la clase capitalista es lo que constituye el plusvalor. Este proceso es el que se produce en términos sociales y no puede medirse solamente en tal o cual individualidad. La condición fundamental para su reproducción es que los obreros se encuentren **permanentemente** separados de los medios de producción, que la propiedad de los mismos les resulte ajena y que, **compulsivamente**, renueven este proceso a través de la venta de la fuerza de trabajo y cuya compra de por resultado la acumulación. Este es el núcleo de la explotación en las relaciones sociales de producción capitalista. **Su forma es una igualdad ficticia que encubre a estas relaciones reales. X horas= X salario sólo deja lucir un equivalente retribuido al trabajo necesario pero no refleja la apropiación del trabajo excedente. Existe, entonces, una “igualdad” cuya “forma” encubre una desigualdad real, una equivalencia que no retorna pero cuya apropiación reproduce, una y otra vez, la explotación de la clase burguesa capitalista hacia la clase proletaria. Sobre esta lógica, podemos afirmar que la huelga proletaria es, ni más ni menos que esa verdad que retorna para mostrar la falla del saber que supone el intercambio igualitario; que supone la equivalencia justa y que plantea, peor todavía, como todavía muchos sostienen, la igualdad entre las clases sociales.**

Regresemos al problema del fetichismo propiamente dicho para entender esos procesos, que tanto despertaron la atención de Marx, que acontecen en el intercambio de mercancías y que luego serán llevados a su forma dinero y, en particular, a la compra y venta de trabajo en la principal mercancía sobre la que se sostiene la reproducción de las relaciones capitalistas: la fuerza de trabajo y la producción de plusvalor. En el intercambio de mercancías, los hombres sólo resaltan el carácter social del trabajo únicamente en el cambio, es sólo cuando se “encuentran” para intercambiar una mercancía con otra que allí se les impone un valor de cambio por el cual establecen un equivalente en una y otra. Parece, entonces, que de la mercancía “brota” un valor de cambio que no responde ya a la voluntad consciente y planificada de los hombres, sino a otras propiedades. Parece que, de ellas mismas se acusa una proporción por la cual deben ser cambiadas, sin que pueda entenderse de allí, cuál ha sido el tiempo de trabajo necesario invertido en su producción como regulador histórico para su intercambio. Pero por qué se pierde este regulador y es sustituido por otra “propiedad” que “hipnotiza” a los hombres? Por qué ellas, las mercancías, asumen

una forma fantástica, mística y fetichista que Marx compara con los productos religiosos “brotados” de las cabezas de los hombres, que se independizan, y cobran una autonomía tal que ya es ajena a sus voluntades? Esto sucede porque, en el cambio de mercancías, los hombres se enfrentan como productores privados, independientes, cuyo fruto de sus trabajos privados, ya no se encuentran regulados por algún tipo de relación social que planifique o constituya una organización colectiva para determinar el equivalente en “valor”, esto de tiempo invertido, a la hora del cambio. **En otros términos, el secreto oculto tras la “forma mercancía” no es otro que el borramiento del proceso de producción como tiempo necesariamente invertido en el trabajo que dio lugar a los productos a ser cambiados. Ello es reemplazado por propiedades ajenas, atributos otorgados a las mercancías donde son ellas las que parecen disponer de la voluntad de los hombres y determinar por cuánto deben ser cambiadas. O, expresado de otra manera todavía, los hombres que producen ya no controlan en forma consciente, colectiva y planificada su producción, por los procesos, ya explicados anteriormente, que ocurrieron históricamente bajo la constitución del modo de producción capitalista, del cual “brotan” hombres libres de toda relación de coacción social, vigentes en períodos anteriores, y libres de toda disposición de propiedad de los medios de subsistencia. Quienes controlan y reorientan el tiempo de trabajo para establecerlo como regulador del intercambio? Quienes asignan la distribución del producto de acuerdo a un plan social en función de las necesidades de los productores y del conjunto de la sociedad? No son los productores como clase y en el caso del capitalismo el proletariado está ausente en estas funciones. El mercado sustituye dichas funciones y deja librado a la “cabeza” de los hombres las fabulaciones más “encumbradas” sobre el valor de las mercancías. Lo que “retorna” en cada cambio de mercancía no es otra cosa más que la ausencia de esa regulación social, cuyos efectos producen las racionalizaciones que el mercado impone. El saber con el cuál se pretende sostener la justificación de estos procesos de intercambios no logra “suturar” esa equivalencia que jamás retorna a los productores, a quienes le son expropiados sus propios procesos de trabajo en la producción de las mercancías sin obtener el intercambio real por ello. Una vez más, todo se vuelve de cabeza: el trabajo concreto es sustituido por el trabajo abstracto como instancia dominante para determinar el por qué del cambio. Como todos los productos son productos del trabajo ello ya amerita que puedan ser cambiados pero sin comprender cómo y de qué manera el tiempo de trabajo real para su producción pueda operar en su regulación consciente y planificada. El valor de cambio hace que se le subordine el valor de uso, sólo se produce con vistas exclusivas al cambio. El proceso de producción domina sobre el hombre y no a la inversa. La “libertad”, de la cual se predicen saberes jurídicos y filosóficos, se invierte en la “captura” que un objeto hace so-**

bre un sujeto. El objeto domina, determina, asigna y designa las representaciones de un sujeto sin que este pueda operar como agente consciente de las mismas. Y esto es lo que asume forma y valor paradigmático en la ecuación vital para la reproducción capitalista: la compra y venta de la fuerza de trabajo medida en el dinero-salario que genera un “plus” apropiado por una clase en contra de otra. Mientras estas condiciones se reproduzcan sus efectos también lo harán.

**Encontramos aquí elementos, indudablemente, muy familiares en la constitución de un síntoma: producción y ajenidad, sujeto cuya voluntad cree dominar un objeto pero sufre una inversión en ello, reproducción de actos que ignoran su causa, dominio racional y arbitrario en la consciencia que encubre determinaciones inconscientes. La cosificación de las personas, que quedan reducidas a meros accesorios, a través de los cuales las mercancías parecen comunicarse entre sí y decirse mutuamente por cuánto deben ser cambiadas, utilizando a los hombres como “simples mensajeros de ello”, y la personificación de las cosas que parecen asumir una autonomía fantástica, son las dos caras del efecto más probado de todo este proceso. Esto es lo que Marx señaló en el proceso de producción capitalista. El fetiche de las mercancías impone una igualdad imaginaria, una ficción, sin embargo necesaria, para su supervivencia que remite a una desigualdad fundante y estructural. La voluntad y la libertad son prisioneras de un encierro permanente a instancias ajenas que, de todas maneras, conciernen a lo más propio del hombre: su trabajo mismo en el que ya no encuentra su realización sino su “despersonalización”. Ya no halla su “facultad subjetiva” sino una “alienación”, por retomar el término caro a la herencia hegeliano-marxista, que se encubre con las más elocuentes fabulaciones al respecto. En la mercancía se halla un trabajo pasado, materializado, acumulado donde se presenta el testimonio de las potencias que los cuerpos de los hombres y mujeres dejaron en ellas. Cuerpos que son, entonces, cedidos a una ajenidad en la que ya no pueden reapropiarlos. Es curioso cómo observamos aquí una verdadera dimensión sintomática: la escisión de una potencia corporal que constituye un objeto, sobre el que recae un culto fetichista, para que “cobre cuerpo” en lugar del propio cuerpo del productor. Ese cuerpo sustituto, si se nos permite continuar con esta apuesta conceptual, asume la “forma” de un cuerpo autónomo con un lenguaje ante el cual el productor queda alienado sin referirlo al discurso de dicho productor. Es necesario profundizar aquí todavía más en el descubrimiento que Marx nos brindó del síntoma en el fetichismo de la mercancía y su secreto?**

Cuerpos, lenguaje, potencia, magnitudes, valores, proporciones. Todos ellos conforman un verdadero continente en el cual la metamorfosis social “pierde” a todos y cada uno de ellos. Por metamorfosis o metabolismo social, Marx entiende el proceso

de intercambio que transfiere mercancías de manos en las cuales son “no valores de uso”, a manos en las que son valores de uso. Dicho de otra forma, se produce el pasaje de algo que necesariamente debe enajenarse, puesto que a su productor no le sirve para su valor de uso, pero pasará a manos de otro quien si le dará su valor de uso. Esto constituye un proceso social de conjunto, compulsivo y permanente cada vez que se suscita el desarrollo de la producción y pasa, en la circulación, de un par de manos a otro. El paradigma de todo esto es la enajenación de fuerza de su trabajo, por parte de su vendedor, hacia su comprador quien si le otorgará su valor de uso. El capitalista adquirirá los derechos para consumir la fuerza de trabajo como mercancía que ha comprado. Con ella será capaz de lograr la generación del plusvalor. En esta metamorfosis, dominada por la producción de mercancías, los hombres y mujeres sufren toda la dimensión sintomática que Marx nos pone de manifiesto.

Y aquí, una vez más, una verdad irrumpe frente a un saber. Una vez más, saber y verdad operan en disyunción. El trabajo impago en equivalencia por su valor no retorna, pero retorna esa “falla” que lo deja intacto y que es recubierta por una superestructura jurídico-política para legitimar este estado de cosas en el orden social capitalista. Cuanta elaboración de “Saber” encontramos permanentemente en dicha superestructura para ponernos a resguardo de esa verdad? Es una interesante exploración intelectual la que nos espera si pretendemos examinarlo. El átomo individual al que somos reducidos en ese intercambio “jurídico-mercantil” cuando nos posicionamos como poseedores, en una clase de su cuerpo y fuerza de trabajo, en la otra de los medios de producción, encuentra siempre su profunda “fractura” cuando reproduce dicho acto de intercambio. Las mercancías operan como espejos deformantes a una realidad frente a la cual tenemos que ajustar nuestra imagen. El Yo sintético acude en el auxilio de brindar razones para ese “ajuste imaginario” sin que, por ello, se pueda modificar la base de aquella fractura. El proceso colectivo de producción es apropiado, en su conjunto, y deja como efecto la brecha, en cada individuo productor, que no puede saldarse. Este “síntoma” se constituye en la fuente de innumerables crisis que dentro del capitalismo sólo encuentran soluciones “a su medida”, es decir dentro de las mismas relaciones sociales que las producen. Un conjunto de “asistencias” institucionales, políticas, económicas, ideológicas, son puestas al servicio de “acallar” los efectos del síntoma estructural e irreductible bajo el capitalismo. El resultado, por el contrario, es que lejos de “acallarse” esos síntomas, silenciosos en cada momento de su producción, “gritan” y convierten esos silencios en estruendosos sonidos para expresar la irrupción de una verdad imposible de absorber por los saberes reproducidos

#### NOTAS

[1] El subrayado nos pertenece.

[2] El subrayado nos pertenece.



**BIBLIOGRAFÍA**

Lacan, J.: "Del sujeto por fin cuestionado" en *Escritos*. Ed. Siglo XXI. Bs. As. 1988.

Marx, K.: *El capital.*, Tomo I/ Vol. I. Libro Primero. El proceso de producción del capital. Ed. Siglo XXI. Bs. As. 2002.